

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 8, capítulo LXXXIX**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**Carlos Sánchez Silva**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



Año 2006

# **Tomo 8, capítulo LXXXIX**

**Anotado y revisado por  
Carlos Sánchez Silva  
(UABJO)**

**con la colaboración de  
Maira Cristina Córdova Aguilar**

**Capítulo LXXXIX**  
**Maximiliano acepta  
formalmente la corona**  
**Octubre de 1863**

## **CAPÍTULO LXXXIX**

### **MAXIMILIANO ACEPTA FORMALMENTE LA CORONA**

**Octubre de 1863**

La junta de notables designa una comisión para que se traslade a Miramar y ofrezca a Maximiliano la corona de México. Estaba integrada por José María Gutiérrez de Estrada como presidente, José Manuel Hidalgo, Ignacio Aguilar y Marocho, Francisco Javier Miranda, Joaquín Velázquez de León, Adrián Woll, Tomás Murphy, Antonio Escandón, Antonio Suárez Peredo, José Landa y, en funciones de secretario, Ángel Iglesias y Domínguez.

Sólo salieron de México siete de los once comisionados, pues residían en París, desde hacía muchos años, Gutiérrez de Estrada, Hidalgo, Murphy y Escandón.

Conscientes de la realidad, resolvieron entrevistarse primero con Napoleón que, por esos días, veraneaba en Biarritz. El emperador francés, con mayor sensatez, se excusó de recibirlos, indicándoles se trasladaran a Miramar.

Llegaron el 1º de octubre a Trieste, donde se les incorporó oficiosamente Arrangoiz, porque no formaba parte oficialmente de la comisión.

Ésta, según Agustín Rivera, “fue el parto feliz de algún genio – quizá Aguilar y Marocho-, pues la comisión mexicana, formada y combinada con esmero, era una significación de todos los elementos y clases sociales de México: el sacerdocio, la milicia, la política, la diplomacia, el periodismo, el foro, la profesión médica, la agricultura, la minería, la industria, el comercio; las razas y aun los matices de nacionalidad –mexicano indio, mexicano negro, mexicano español, mexicano francés y mexicano inglés-; el culto, la moral –que no siempre anda de acuerdo con el culto-, las letras, la antigua nobleza y la riqueza

del país; ancho campo para responder a todas las preguntas e indagaciones que quisieran hacer Maximiliano y Carlota sobre todos estos ramos. La comisión era hasta un recuerdo de todas las épocas históricas de la nación: el descubrimiento del nuevo mundo, la conquista, el gobierno virreinal, la revolución de independencia, el imperio de Iturbide, la dictadura de Santa Anna y el gobierno de Miramón”.<sup>1</sup>

Es inteligente y precisa, la anterior caracterización; es, además, notorio que representaba a las clases acomodadas y al pensamiento conservador; no figuraban, como era natural, representantes populares y mucho menos exponentes del pensamiento liberal.

La comisión rindió un informe, por demás pormenorizado, el 10 de octubre, con el que se inicia este capítulo. Lo firma Gutiérrez de Estrada y llega al detalle, como lo hacen los cursis cronistas sociales de nuestros días, de señalar la ropa que se vistió en la ceremonia.

El ofrecimiento al trono lo hace Gutiérrez de Estrada, que se reproduce, también, y que fue contestado por Maximiliano en un texto bien meditado en el que, no obstante la cuidadosa redacción, reducía la importancia de la decisión de la junta de notables y pedía fuera ratificada por un plebiscito popular.

En su informe Gutiérrez de Estrada pasa sobre ascuas en este aspecto del contenido de la respuesta de Maximiliano. Tanto del discurso de ofrecimiento como de la respuesta del archiduque, se han publicado diversas versiones, toda vez que se pronunciaron en francés. Hemos preferido reproducir, en esta obra, los textos que aparecen como anexos al informe que rindió la comisión.

Napoleón escribió desde Biarritz una carta fechada el 2 de octubre en que comenta, anticipadamente, las palabras que Maximiliano dirá a los comisionados mexicanos que recibirá al siguiente día; esto es indicio del carácter de dependencia en que Maximiliano se había colocado respecto al emperador francés.

En esa misma carta, Napoleón da consejos a Maximiliano sobre la

---

<sup>1</sup> Agustín Rivera, *Anales Mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, México, 1963, p. 154.

imposibilidad de establecer un régimen parlamentario y recomienda se implante una dictadura liberal. Maximiliano contesta de inmediato a Napoleón y, nuevamente, se pone a sus órdenes cuando indica que ha dado instrucciones a los enviados mexicanos para que las pongan a su consideración cuando se digne recibirlos.

El ministro británico en Austria emite su opinión al conde Russell, sobre la posible persecución a los protestantes en México, considerando que Maximiliano no la realizará.

La emperatriz Eugenia, en una carta que podríamos llamar brutal, da a Almonte una enérgica, si bien diplomática reprimenda; le echa en cara tres errores, todos ellos de la responsabilidad de Almonte. Lo que más sorprende en esta comunicación es la forma de hablar de la emperatriz Eugenia, que parece fuera funcionaria del gobierno de México.

Seward, desde Washington, contesta el 26 de septiembre a William L. Dayton, ministro en Francia, respecto a la posición de los Estados Unidos “en esa lamentable guerra entre Francia y México”. Con habilidad dice que no puede dar crédito a la posible alianza entre la regencia mexicana y “la pandilla rebelde de Richmond”. Respecto a México, insiste en que mantendrán una neutralidad, si bien se muestra preocupado por la “conservación de las instituciones libres y republicanas en toda América”. Dayton trasmite esas instrucciones a Drouyn de Lhuys el 9 de octubre.

Nuevamente Seward se dirige a Dayton comentando esa conversación con Drouyn de Lhuys y refiriéndose además a la respuesta de Maximiliano en ocasión del ofrecimiento que se le hizo de la Corona, en Miramar.

Seward, con toda claridad, manifiesta “que a juicio de los Estados Unidos el establecimiento permanente, en México, de un gobierno monárquico extranjero no es ni fácil ni tampoco apetecible”.

# **DOCUMENTOS**

**Octubre de 1863**



GUTIÉRREZ DE ESTRADA A NOMBRE DE LA JUNTA  
DE NOTABLES OFRECE LA CORONA A MAXIMILIANO

Señor:

La nación mexicana, restituida apenas a su libertad por la benéfica influencia de un monarca poderoso y magnánimo, nos envía a presentarnos a vuestra alteza ilustrísima, objeto y centro, hoy día, de sus votos más puros y sus más halagüeñas esperanzas.

No hablaremos, señor, de nuestras tribulaciones y nuestros infortunios de todos conocidos, al punto de haberse hecho, para tantos, el nombre de México sinónimo de desolación y ruina.

Luchando hace tiempo por salir de situación tan angustiosa y, si cabe, más amarga aún por el funesto porvenir puesto ante sus ojos que por sus males presentes, no ha habido arbitrio a que esta nación infeliz no haya acudido, ensayo que no haya hecho dentro del círculo fatal en que se colocara, adoptando inexperta y confiada las instituciones republicanas tan contrarias a nuestra constitución natural, a nuestras costumbres y tradiciones y que, haciendo la grandeza y el orgullo de un pueblo vecino, no han sido para nosotros sino un manantial incesante de las más crueles desventuras.

Cerca de medio siglo ha pasado nuestra patria en esa triste existencia, toda de padecimientos estériles y de vergüenza intolerable.

No murió, empero, entre nosotros todo espíritu de vida, toda fe en el porvenir. Puesta nuestra firme confianza en el regulador y árbitro soberano de las sociedades, no cesaremos de esperar y de solicitar con ahinco el anhelado remedio de sus tormentos siempre crecientes.

Y ¡no fuera yana nuestra esperanza! ¡Patentes están hoy los caminos misteriosos por donde la providencia divina nos ha traído a la situación afortunada en que actualmente nos hallamos y que apenas

llegaron a concebir como posible las inteligencias más elevadas!

México, pues, dueño otra vez de sus destinos y escarmentado a tanta costa suya de su error pasado, hace en la actualidad un supremo esfuerzo para repararlo.

A otras instituciones políticas recurre ansioso y esperanzado, prometiéndose que le serán aún más provechosas que cuando era colonia de una monarquía europea y más si logra tener a su frente a un príncipe católico que a su eminente y reconocido mérito reúne también aquella nobleza de sentimientos, aquella fuerza de voluntad y aquella rara abnegación que el privilegio de los hombres predestinados a gobernar, regenerar y salvar a los pueblos extraviados e infelices a la hora decisiva del desengaño y del peligro.

Mucho se promete México, señor, de las instituciones que lo rigieron por espacio de tres siglos, dejándonos, al desaparecer, un espléndido legado que no hemos sabido conservar bajo la república.

Pero si es grande y fundada esa fe en las instituciones monárquicas no puede ser completa, si éstas no se personifican en un príncipe dotado de las altas prendas que el cielo os ha dispensado con mano pródiga.

Puede un monarca, sin grandes dotes de inteligencia ni carácter, hacer la ventura de su pueblo, cuando ese monarca no es más que el continuador de una antigua monarquía en un país de antiguos monarcas; pero un príncipe necesita circunstancias excepcionales cuando ha de ser el primero de una serie de reyes, en suma, el fundador de una dinastía y el heredero de una república.

Sin V. A. I. ineficaz y efímero sería –creed, señor, a quien nunca ha manchado sus labios con la lisonja- cuanto se intentase para levantar a nuestro país del abismo en que yace quedando además frustradas las altas y generosas miras del monarca poderoso cuya espada nos ha rescatado y cuyo fuerte brazo nos sostiene y nos protege.

Con V. A., tan versada en la difícil ciencia del gobierno, las instituciones serán lo que deben ser para afianzar la prosperidad e independencia de su nueva patria, teniendo por base esa libertad verdadera y fecunda hermanada con la justicia, que es su primera condición, y no esa falsa libertad no conocida entre nosotros sino por sus

demasías y estragos.

Esas instituciones, con las modificaciones que la prudencia dicta y la necesidad de los tiempos exigen, servirán de antemural incontestable a nuestra independencia nacional.

Estas convicciones y estos sentimientos de que estaban poseídos muchos mexicanos tiempo ha, se hallan hoy, señor, en la de todos y brotan de todos los corazones. En Europa misma, sean cuales fueren las simpatías o las resistencias, sólo se oye un concierto de elogios respecto a V. A. I. y su augusta esposa, tan distinguida por sus altísimas prendas y su ejemplar virtud, que, pronto, compartiendo a la vez vuestro trono y nuestros corazones será querida, ensalzada y bendecida por todos los mexicanos.

Intérpretes harto débiles nosotros, de ese aplauso general del amor, de las esperanzas y los ruegos de toda una nación, venimos a presentar en su nombre a V. A. I. la corona del imperio mexicano que el pueblo, por un decreto solemne de los notables, ratificado ya por tantas provincias y que lo serán en breve, según todo lo anuncia, por la nación entera, os ofrece, señor, libre y espontáneamente.

No podemos olvidar, señor, que este acto se verifica por una feliz coincidencia cuando el país acaba de celebrar el aniversario del día en que el ejército nacional plantó triunfante en la capital de México el estandarte de la independencia y de la monarquía llamando al trono a un archiduque de Austria a falta de un infante de España.

Acoged, señor, propicio, los votos de un pueblo que invoca vuestro auxilio y que ruega fervoroso al cielo que corone la obra gloriosa de V. A., pidiendo a dios, asimismo, que le sea concedido corresponder dignamente a los perseverantes afanes de V. A. I.

Luzca, por fin, señor, para México la aurora de tiempos más dichosos al cabo de tanto padecer y tengamos la dicha incomparable de poder anunciar a los mexicanos la buena nueva que con tanta vehemencia y zozobra están anhelando; buena nueva no sólo para nosotros, sino para Francia, cuyo nombre es de hoy más inseparable de nuestra historia, como será inseparable de nuestra gratitud; para Inglaterra y España, que comenzaron esta grande obra en la convención de Londres después de

haber sido las primeras en reconocer justicia y en proclamar su necesidad imprescindible y, en fin, para la ínclita dinastía de Habsburgo que corone esta grande obra con V. A. I. y R.

No se nos oculta, señor, lo repito, toda la abnegación que V. A. I. necesita y que sólo puede hacer llevadera al sentimiento de sus deberes para con la providencia divina –que no en balde hace los príncipes y los dota de grandes cualidades-, mostrándose V. A. I. dispuesto a aceptar, con todas sus consecuencias, una misión tan penosa y ardua, a tanta distancia de su patria y del trono ilustre y poderoso en cuyas gradas e halla colocado el primero V. A. I. y tan lejos de esta Europa, centro y emporio de la civilización del mundo.

Si, señor, pesada es y mucho, la corona con que hoy os brindan nuestra admiración y nuestro amor; pero día vendrá –así lo esperamos- en que su posesión sea envidiable, merced a vuestros esfuerzos, que el cielo sabrá recompensar, a nuestra cooperación, lealtad y gratitudinalterables.

Grandes han sido nuestros desaciertos, alarmante es nuestra decadencia; pero hijos somos, señor, de los que al grito de religión, patria y rey –tres grandes cosas que también se aunan con la libertad- no ha habido empresa, por grande que fuera, que no acometieran, ni sacrificio que no supieran arrostrar constantes e impávidos.

Tales son los sentimientos de México al renacer, tales las inspiraciones que hemos recibido el honroso encargo de exponer fiel y respetuosamente a V. A. I. y R., al digno vástago de la esclarecida dinastía que cuenta entre sus glorias haber llevado la civilización cristiana al propio suelo, en que aspiramos, señor, a que fundéis en este siglo XIX, por tantos títulos memorable, el orden y la verdadera libertad, frutos felices de esa civilización misma.

La empresa es grande, pero aun es más grande nuestra confianza en la providencia y que debe serlo, nos lo dicen bien claro el México de hoy y el Miramar de este glorioso día.

(Miramar, octubre 3 de 1863).

## RESPUESTA DE FERNANDO MAXIMILIANO

Señores:

Estoy vivamente agradecido al voto emitido por la asamblea de los notables en México, en su sesión de 10 de julio y que vosotros estáis encargados de comunicarme.

Lisonjero es para nuestra casa que las miradas de vuestros compatriotas se hayan vuelto hacia la familia de Carlos V, tan luego como se pronunció la palabra monarquía.

Por noble que sea la empresa de asegurar la independencia y la prosperidad de México, bajo la égida de instituciones a la par estables y libres, no dejo yo de reconocer, en perfecto acuerdo con su majestad el emperador de los franceses, cuya gloriosa iniciativa ha hecho posible la regeneración de vuestra hermosa patria, que la monarquía no podría ser allí restablecida sobre una base legítima y perfectamente sólida, a menos que la nación toda, expresando libremente su voluntad, quisiera ratificar el voto de la capital. Así, pues, del resultado de los votos de la generalidad del país, es de lo que yo debo hacer depender en primer lugar la aceptación del trono que me es ofrecido.

Por otra parte, comprendiendo los sagrados deberes de un soberano, preciso es que yo no pida, en favor del imperio que se trata de reconstituir, las garantías indispensables para ponerlo al abrigo de los peligros que amenazarían su integridad e independencia.

En el caso de que esas prendas de un porvenir asegurado fuesen obtenidas y de que la elección del noble pueblo mexicano, tomado en su conjunto, recayese sobre mí, fuerte con el asentimiento del augusto jefe de mi familia y confiando en el apoyo del todopoderoso, estaré dispuesto a aceptar la corona.

Si la providencia me llamara, a la alta misión civilizadora ligada a

esa corona, os declaro desde ahora, señores, mi firme resolución de seguir el saludable ejemplo del emperador mi hermano, abriendo al país, por medio de un régimen constitucional, la ancha vía del progreso basado en el orden y la moral y de sellar con mi juramento, luego que aquel vasto territorio sea pacificado, el pacto fundamental con la nación. Sólo así podría ser inaugurada una política nueva y verdaderamente nacional, en que los diversos partidos, olvidando sus antiguos resentimientos, trabajarían en común para dar a México el puesto eminente que parece estarle destinado entre los pueblos, bajo un gobierno que tenga por principio hacer prevalecer la equidad en la justicia.

Tened a bien, señores, dar cuenta a vuestros conciudadanos de las determinaciones que acabo de anunciaros con toda franqueza y provocar las medidas necesarias para consultar a la nación respecto del gobierno que intenta darse.

(Miramar, 3 de octubre de 1863).

## LA COMISIÓN QUE OFRECIÓ EL TRONO A MAXIMILIANO INFORMA

Palacio de Miramar, 10 de octubre de 1863

(Excelentísima regencia):

El 1º de este mes en la noche, llegamos a Trieste todos los individuos de la comisión. En el embarcadero del camino de hierro encontramos a los gentiles hombres del archiduque, el conde de Bombelles y el marqués de Corio. Estos señores nos condujeron en los carruajes que tenían preparados por orden de S. A. I. al hotel de la Ville, donde se nos ha tratado con mucho decoro y distinción y por expresa voluntad de S. A. I. a expensas suyas. Allí me encontré con una cita del señor archiduque en virtud de la cual me dirigí la mañana siguiente al palacio de Miramar, donde tuve la honra de pasar todo el día. A las once y media del siguiente sábado 3, señalado por S. A. I. para nuestra recepción, salimos de Trieste en coches de S. A. I. acompañados de los dos gentiles hombres citados y a las doce en punto fuimos recibidos por S. A. I.

La comisión vestía frac y lo mismo el señor archiduque, a quien hallamos de pie, en el fondo del salón, con el toisón de oro y la gran cruz de san Esteban. En este salón se veían los retratos de los emperadores de Austria, de los de Francia, y del rey de los belgas. La comisión entró por orden de categoría y antigüedad respectiva en el servicio del país; tuve la honra gratísima de pronunciar el discurso adjunto, que deseo merezca la alta aprobación de la regencia y de todos mis conciudadanos.

S. A. I. se dignó leer en seguida la respuesta que va también adjunta; concluido este acto, tan grande y memorable para México, me previene, en términos los más afables, le presentase a cada uno de los dignos individuos de la comisión. S. A. I. se entretuvo algunos instantes

con cada uno de esos señores, dirigiéndoles sucesivamente palabras adecuadas a su posición personal, con esa singularidad, benevolencia y exquisito tacto que tan lisonjero y simpático efecto produjo desde luego en toda la comisión.

Pasó luego el señor archiduque a las habitaciones de S. A. I. la archiduquesa Carlota, que al instante se presentó acompañada de su camarera mayor, la condesa Listzon y de su dama de honor la princesa de Auersperg. Hecha por mí la presentación de los señores de la comisión a S. A. I. les fue dirigida la palabra en castellano muy correcto, no siendo aventurado ni lisonjero asegurar que desde ese momento se ganó los corazones de todos los mexicanos que la escuchaban.

Concluida esta ceremonia, nos retiramos pasando a otro salón en que fueron presentadas a la comisión las demás personas de la casa de SS. AA. II., después de lo cual volvimos a Trieste, acompañados de los dos gentiles hombres encargados de atendernos en cuanto pudiere ofrecérsenos durante nuestra permanencia en dicha ciudad.

En la noche volvimos a este palacio de Miramar a comer con SS. AA. II. y al día siguiente, que era la fiesta del emperador de Austria, tuvimos también la honra de comer con SS. AA. II.

No se limitó a esto la bondadosa atención de estos príncipes. Quisieron además hablar largamente con cada uno de los individuos de la comisión y dispusieron que ya dos, ya tres reunidos, fuesen a verles en lo privado, lo cual se fue verificando en los cuatro días que la comisión permaneció en Trieste. Me es muy satisfactorio poder asegurar a V. S. y así lo escribirán, sin duda, aquellos señores, que todos llevan la más grata impresión no sólo de la afabilidad suma de estos Príncipes, sino de su elevada inteligencia, de su vasta y sólida instrucción y, sobre todo, de la generosidad de sus sentimientos y de la nobleza de sus aspiraciones. No miran en esta empresa sino la voluntad de la providencia que les llama a poner término a los males de un pueblo que tan grandes simpatías les inspira y por el que sienten la más viva gratitud al ver la espontaneidad y el entusiasmo con que acude a ellos como la única esperanza. Estas augustas personas, por su parte, no cesan de repetir lo complacidos que les han dejado los señores de la comisión quienes, me complazco en



consignarlo a mi vez, se han conducido con mucha discreción y decoro, que les son propios y, según mis informes, han producido muy buen efecto en la población.

Ha sido necesario impedir a la ciudad de Trieste, mostrar con regocijos públicos la brillante hospitalidad a que nos creía acreedores pues, sí es verdad que la idea de ver alejarse para siempre a un príncipe tan amado de aquellos habitantes les entristece no ocultando su sentimiento, también lo es que en la elección de los mexicanos ven con orgullo que en el nuevo mundo se conocen y aprecian las relevantes cualidades del príncipe que ha creado la marina del imperio austriaco y procurado grandes mejoras al puerto de Trieste. Los notables de aquella ciudad se han apresurado a visitarnos y aun a obsequiarnos con convites.

El 4 asistimos al acto de echar al agua un buque cuyo hábil constructor dirigió a la comisión un discurso de que acompaño a V. S. copia llamando su atención hacia la última parte de él en que ofrece establecer una línea de vapores a Veracruz, lo cual nos pondrá en comunicación y comercio con el Levante. Es igualmente adjunta la copia de mi contestación. En una comida que nos dio el 5 el Sr. Rivoltella, opulento propietario, hubo brindis de este señor, del alcalde, corregidor, mío, para responderles uno muy oportuno del Gral. Woll y otros varios todos en honor de los príncipes, de México y de la ciudad de Trieste.

Terminada la primera parte de nuestra comisión se despidió de ella el señor archiduque el día 5 pero, al mismo tiempo, me invitó a permanecer a su lado algunos días más, para tratar de varios puntos de alta importancia consignados en las instrucciones de la regencia; de otro que S. A. I. promovió y sobre los cuales deseaba saber nuestro juicio, dando así desde luego una prueba práctica de su interés por México y de la sinceridad de las solemnes promesas hechas en su discurso.

Me faltan palabras con qué expresar todas las muestras con que se ha dignado prodigarnos el señor archiduque en estos diez días de tierno y dulce recuerdo para nosotros de su singular y exquisita benignidad, consideración y fineza, viendo seguramente en nosotros a mexicanos honrados con la alta confianza de su nación que los envía a solicitar el auxilio de sus luces, de sus virtudes y su prestigio, realzado todo con la

abnegación más pura y magnánima que tiene a Europa atónita y asombrada, admirando, al mismo tiempo, el beneficio que con este príncipe y esta princesa nos dispensa el todopoderoso cuando parecíamos estar ya para siempre perdidos sin remedio.

Según todo felizmente lo anuncia, no está lejano el momento en que los mexicanos todos podrán juzgar por sí mismos de la exactitud de mis palabras, seguro como estoy de que no tardarán en convenir conmigo en que no es posible hallar príncipes más cumplidos y más propios para regenerar y salvar a un pueblo desgraciado ni más merecedores de veneración, amor y gratitud.

No concluiré sin asegurar a V. S. que la prensa de Alemania, la de Viena en particular, hostil antes, por lo general, a nuestra combinación, se nos muestra, desde el feliz día 3 del corriente, cada vez más favorable.

Otro tanto puede decirse de los principales periódicos de Europa, sin distinción de partidos y de principios más avanzados en política.

Esta tarde saldremos para París a cumplir la misión con que nos ha honrado la serenísima regencia cerca del emperador Napoleón.

Sírvase V. S. aceptar las seguridades de mi distinguido aprecio.

José María Gutiérrez de Estrada

NAPOLEÓN RECOMIENDA PARA MÉXICO  
UNA MONARQUÍA APOYADA EN UNA DICTADURA LIBERAL

Biarritz, octubre 2 de 1863

A V. A. I., el archiduque Fernando Maximiliano

Hermano mío:

Las buenas noticias que V. A. I. tuvo a bien enviarme me llenaron de alegría. Las que he recibido hace poco de México son favorables, a pesar de continuar las escaramuzas entre la regencia y el comandante en jefe de las tropas de ocupación. El gran problema es el que se refiere a los bienes nacionales.<sup>2</sup>

Las palabras que V. A. I. responderá a los delegados mexicanos son oportunas y están llenas de grandeza; no dudo de la buena impresión que causarán en Europa, pero permitidme que llame vuestra atención sobre un punto: no se puede regenerar con libertad parlamentaria a una nación hundida en la anarquía. Lo que México necesita es una dictadura liberal, es decir un poder fuerte que proclame los grandes principios de la civilización moderna, tales como la igualdad ante la ley, la libertad civil y religiosa, la probidad en la administración y la rectitud de la justicia. En cuanto a la constitución debe ser obra del tiempo y creo que, aunque esté prometida y redactada, sólo debe ser aplicada después de varios años, cuando el país esté pacificado y el gobierno bien consolidado.

El *Times*, en un notable artículo, decía hace algunos días que en México era necesario pacificar el país, asegurar las propiedades y las personas, antes de pensar en la libertad que más tarde llegaría por sí sola.

---

<sup>2</sup> Se refiere a los bienes del clero que habían sido nacionalizados.

He escrito a México para que se encargue exclusivamente al Sr. Arrangoiz la negociación del empréstito. No se presentarán dificultades con la garantía de los gobiernos extranjeros, pero es necesario evitar que algunos intrigantes se mezclen en el asunto.

Estoy muy contento con las noticias que me da V. A. I. referentes a las buenas intenciones del gobierno inglés hacia los estados confederados, pero confieso que aún dudo de su resolución.

Ruego a V. A. I. presente a la archiduquesa el homenaje de mi respeto y creed en los sentimientos de alta estima y sincera amistad con que soy el buen hermano de V. A. I.<sup>3</sup>

Napoleón

---

<sup>3</sup> Original en francés.

## MAXIMILIANO PIENSA EN UNA MONARQUÍA CONSTITUCIONAL PARA MÉXICO

Castillo de Miramar, octubre 9 de 1863

A V. M. I., el emperador Napoleón XII

Sire:

Estoy muy agradecido a las dos cartas que V. M. ha tenido a bien dirigirme. Me siento feliz por el benévolo juicio que os ha merecido mi respuesta a la delegación mexicana. La mención que hago de un régimen constitucional me fue dictada, principalmente, por las consideraciones debidas a la opinión pública de Inglaterra y Austria y ya, como consecuencia de esa indicación, se puede constatar aquí un cambio muy favorable. Veo con satisfacción que, en su esencia, mis puntos de vista concuerdan tanto en esto, como en todo lo demás, con los de V. M. I.

Después de la recepción a los delegados, hemos examinado, con los más importantes de ellos, las instrucciones impartidas por la regencia al jefe de la delegación. El resultado de estas deliberaciones ha sido consignado en un documento cuyo contenido merece toda mi aceptación y que estos señores tendrán el honor, Sire, de someteros cuando V. M. se digne recibirlos.

Para aclarar la cuestión de los bienes eclesiásticos transmitida en los informes del Gral. Forey que V. M. ha tenido la bondad de comunicarme, cuestión cuya extrema importancia reconozco, he solicitado al Sr. Arrangoiz que obtenga informaciones auténticas sobre el tema y acaba de presentarme la adjunta exposición que me atrevo a señalar a la graciosa atención de V. M.

La archiduquesa se ha sentido vivamente conmovida por el afectuoso saludo de V. M. y se une a mí para rogaros presentéis nuestros más respetuosos homenajes a S. M. I. la emperatriz.

Soy el muy devoto servidor y primo de V. M. I.<sup>4</sup>

Fernando Maximiliano

---

<sup>4</sup> Original en francés.

EL MINISTRO BRITÁNICO EN AUSTRIA CONSIDERA QUE  
MAXIMILIANO NO PERSEGUIRÁ A LOS PROTESTANTES

Viena, octubre 15 de 1863

Al conde Russell  
(Londres)

Refiriéndome al despacho de V. E., número 215 de fecha 7 del presente, en el que solicita información respecto a la actitud del archiduque Maximiliano en el problema de la tolerancia religiosa en caso de que S. A. I. aceptara el trono de México, tengo el honor de informar a V. E. que S. A. I. está dotado de eminentes cualidades para gobernar y sustenta opiniones liberales, por lo que puede esperarse evitará la persecución a los protestantes en un país cuyos destinos está llamado a regir.

Me aventuro a comunicarle lo anterior solamente como opinión personal, pero trataré de obtener una información más precisa de este importante asunto que interesa tan profundamente al gobierno de S. M. y la enviaré a V. E. a la brevedad posible.

Tengo el honor de ser, con profundo respeto, el más humilde y obediente servidor de V. E.<sup>5</sup>

(Lord) Bloomfield

---

<sup>5</sup> Original en inglés.

DIPLOMÁTICA PERO CATEGÓRICA REPRIMENDA  
DE EUGENIA A ALMONTE

(Octubre de 1863)

(Gral. Juan N. Almonte)

Mi querido general:

Recibí en Biarritz su carta que trajo el *Tampico* y mi respuesta no puede salir sino por Southampton; pero espero le llegará antes de su salida de Orizaba. Estoy de acuerdo con usted en cuanto a los errores que se han cometido; pero, por desgracia, la culpa es de muchos. Creo, por lo tanto, de mi deber el darle a conocer a usted mi manera de pensar; la franqueza y la rectitud son, frecuentemente, la mejor política y usted sabe demasiado bien la alta estima y buena opinión que tengo de usted para encontrar motivo de sentirse herido.

Hemos visto con harto pesar tres cosas: la primera es el ministerio que ha formado usted y que es, por desgracia, demasiado al estilo de la tradición mexicana; segunda, la emisión de papel monedas y, por último, el decreto sobre las leyes de 1855.

Usted sabe muy bien y se lo hemos dicho frecuentemente y hasta se lo había yo escrito ya, que no podemos aliarnos a tan sólo uno de los partidos. Remplazar a los “puros” por los reaccionarios resultaría quizás mejor que lo que existe en la actualidad, pero no llenaría el objetivo. Se necesita que se fusionen todos los partidos y que en ese caos de personalidades la de idea de la patria domine únicamente. Fuera de ese camino no veo porvenir alguno para México.

Cuando usted salió de Francia todos tuvimos motivos en creer que los aliados estaban en México —se refiere a la capital— pero, por



desgracia, no fue así y la suerte quiso que, por pequeñas rencillas y cuestiones a veces mezquinas, nos encontremos aún lejos de la meta.

30,000 enviados de Francia no pudieron dejar sus puertos sin atraer las miradas de la Europa sobre nosotros; asimismo el honor como el interés de la Francia exigen que lo que suceda en México al amparo de nuestra bandera esté de acuerdo con los principios altamente proclamados por nosotros, tanto en Europa como en América. No hay que poner en duda que ese país desea constituirse y no renacerá la confianza hasta que llegue el día en que veamos a su hermosa patria abandonar el sistema de lo arbitrario para colocarse en el orden legal. La fuerza no es razón y todos los decretos serán incapaces de inspirar confianza a quienes no la tienen. Nosotros esperábamos y esperamos todavía que vuestro nombre, ajeno a odios y venganzas, serviría de enlace entre los que, entregándose a partidos diametralmente opuestos, no hubieran encontrado antes ocasión para un acercamiento. Vuelva usted pues a la idea primera: es menester que se acostumbren al orden; hasta el pillaje individual causa menos estragos que las contribuciones que no tienen más ley que el capricho.

No conozco a los hombres de México, pero es imposible que al lado de los más exaltados de ambos bandos no se encuentren gentes que comprendan que ésta es la última tabla de salvación. La idea de ver a México absorbido por los Estados Unidos será, en último caso, admitida por la opinión europea antes que ese dislocamiento de todas las instituciones que vuelve el comercio y las relaciones diplomáticas imposibles. En fin, ha llegado el momento en que cada uno debe trabajar para lograr ese resultado.

El emperador ha apreciado mucho su abnegación personal y el asunto a su juicio; tenemos el mismo fin, el mismo anhelo parece que la situación creada por los refuerzos dejará menos para hacer política y más para la guerra.

Una vez en México podrá usted juzgar si sería más fácil hacer por medio de otras personas un llamado a la opinión pública o estará usted en situación de hacerlo personalmente; de lejos es imposible darse cuenta y usted tiene que medir mejor que nadie propia fuerza e influencia. Nada

digo a usted de la opinión que aquí prevalece; fue durante mucho tiempo adversa a la expedición. El desastre de Puebla acalló las diferentes opiniones y sólo se pensó ya en el ejército y en los peligros que podía correr; pero todos tienen los ojos puestos en usted y cualquier paso en falso sería muy mal interpretado aquí.

El Gral. Forey ha recibido todas las instrucciones del emperador. Hable usted con él y espero que así podrá llevarse a buen fin este desgraciado asunto que nos ha causado a todos tantos disgustos.

(Emperatriz Eugenia)<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Según José Manuel Hidalgo, él redactó esta carta, “inspirándome en ella”... “y se la dí a leer antes de que partiese”. La carta original no llevó fecha ni firma, pero Hidalgo considera se escribió en octubre de 1863.

SEWARD INSISTE EN QUE LOS ESTADOS UNIDOS  
SON NEUTRALES

Washington, septiembre 26 de 1863

Al Sr. William L. Dayton, etc., etc.

[...]

El asunto a que, en segundo lugar, me propongo llamar vuestra atención, son las relaciones de Francia con México. Los Estados Unidos profesan respecto a México los mismos principios que respecto a las demás naciones. Ni tienen derecho ni tampoco voluntad de intervenir con la fuerza en los negocios interiores de dicha república, ya sea para establecer y sostener el sistema republicano u otro gobierno de carácter nacional o bien para derribar una administración imperial o extranjera, si es que México llega a establecerla o aceptarla. Los Estados Unidos no tienen derecho ni voluntad de intervenir en esa lamentable guerra entre Francia y México. Por el contrario, practican, respecto a México, en todas las fases de dicha guerra, la no intervención que exigen de las potencias extranjeras en los negocios de los Estados Unidos.

Pero, a pesar de esta limitación que él mismo se impone, nuestro gobierno sacaba perfectamente *—fullwell—* que la opinión normal en México e inherente a ese pueblo favorece el establecimiento de un gobierno republicano en la forma y nacional en su organización, de preferencia a cualesquiera instituciones monarquistas que se impongan por el extranjero. También conoce este gobierno que esa opinión normal del pueblo de México ha sido en gran manera influida por la opinión popular de este país, la cual no cesa nunca de robustecerla. Cree, por otra parte, el presidente que semejante opinión popular en los Estados Unidos es justa en sí misma y eminentemente esencial para el progreso de la

civilización en el continente americano, cuya civilización, a su juicio y siempre que esté libre de la oposición europea, puede desarrollarse y se desarrollará en armonía con la progresiva cultura de los otros continentes. Este gobierno cree que la oposición extranjera o las tentativas para contrariar la civilización americana, deben necesariamente fracasar ante la actividad incesante y siempre creciente de las fuerzas materiales, morales y políticas que exclusivamente pertenecen al continente americano. Ni negarán tampoco los Estados Unidos que, en su opinión, su propia seguridad y el próspero destino a que aspiran, están estrechamente ligados –*intimately*– con la conservación de las instituciones libres y republicanas en toda la América.

Oportunamente han sometido estas opiniones al emperador de los franceses como dignas de su seria consideración, para que pudiese acordar el modo de conducir y terminar la guerra en México, obteniendo buenos resultados. Hoy sobre este punto acerca del cual no debemos guardar reserva y es que, si Francia, después de meditarlo bien, se resuelve a adoptar en México una política contraria a las opiniones y sentimientos americanos de que he hecho mérito, semejante política derramaría probablemente la semilla de ciertos celos y rivalidades que podrían al último dar por resultado una coalición de Francia con los Estados Unidos y otras repúblicas americanas. Ya ha ocurrido desde ahora algo que confirma la existencia de este peligro.

Los rumores que siempre son tan perniciosos, tan pronto atribuyen a Francia la intención de apoderarse del Río Grande, despojando a los Estados Unidos del territorio de Texas, como nos dan la voz de alarma respecto del Mississippi, o nos quieren sobrrayar<sup>7</sup> aludiendo a coaliciones que tratan de formarse bajo la protección francesa, entre la regencia establecida en México y la pandilla rebelde de Richmond. El presidente no teme nada de esto. No se deja inquietar por sospechas tan injustas respecto a la Francia y tan injustificables en sí mismas. Conoce, sin embargo, que semejantes sospechas tendrán más o menos crédito en este país y que han de abultarse en otros países tan poco amigos de

---

<sup>7</sup> Subrayar.

Francia como de América, siendo su celo el medio con que ordinariamente se desarrolla la animosidad de un pueblo. Cree que el emperador de Francia debe, sin duda, abrigar deseos tan ardientes como los nuestros de que se conserve entre las dos naciones la amistad que afirma la seguridad y dicha de entreambas.

Con tales creencias, el presidente faltaría a la fe que debe a Francia, como también a su propio país, si no comunicase al emperador, con absoluta sinceridad y una amigable franqueza *–friendship–*, lo que piensa sobre la actitud que ha de tomar la Francia respecto de México. Las explicaciones que os ha dado Mr. Drouyn de Lhuys acerca de las intenciones del emperador son del todo satisfactorias, si es que debemos considerarlas como emanadas del mismo emperador en vista del estado actual de los negocios en México. Sin embargo, las miras de dicho soberano –según lo he advertido antes- pueden en adelante cambiar según cambiasen las circunstancias.

Entretanto, nosotros, por nuestra parte, no dejamos de observar el curso de los acontecimientos aquí y en el exterior y en ningún caso podremos descuidamos ni omitiremos las presidencias con que toda nación soberana debe corresponder a las que olvidando las relaciones de amistad que con ellas se tienen, serán de respetar las obligaciones morales y la fe de los tratados. Vuestra propia discreción os aconsejará hasta dónde y de qué manera sabéis promover estos intereses de los Estados Unidos, comunicando estas ideas a Mr. Drouyn de Lhuys para que las tome en consideración.

Soy, señor, vuestro obediente servidor.

William H. Seward

DAYTON SE APRESURA A COMUNICAR  
LO ANTERIOR AL GOBIERNO FRANCÉS

Paris, octubre 9 de 1863

Honorable William H. Seward,  
Secretario de Estado

Señor:

En la conferencia que tuve con Mr. Drouyn de Lhuys el día de ayer, le comuniqué las miras generales que expresáis en vuestros despachos números 395 y 400.

[...]

Manifesté, sin embargo, en una conversación general, nuestras ideas respecto a los asuntos de México. Pregunté a Mr. Drouyn de Lhuys qué género de medios se iban a emplear para averiguar los deseos de aquel país –México-, respecto a su forma de gobierno. Me dijo que se consultaría el voto de todo el país, el de todos los departamentos ya estuviesen o no en poder de los franceses y que, si el resultado de esa votación era que una gran mayoría de la población total –españoles e indios- estaba en favor de una forma de gobierno monárquico, él suponía que aquello había de ser lo suficiente. Creía que no habría dificultad en emplear este medio y en demostrar que una gran mayoría numérica estaba en favor del archiduque y de la referida forma de gobierno.

Mr. Drouyn de Lhuys me agregó; que los peligros del gobierno del archiduque vendrían principalmente de los Estados Unidos y que, mientras más pronto nos mostráramos satisfechos y manifestáramos

nuestra disposición para entrar en relaciones pacíficas con dicho gobierno, más pronto también podría Francia dejar a México y su nuevo gobierno que se indicasen por sí mismos, lo cual haría Francia, en todo caso, a la mayor brevedad que le fuese posible hacerlo de un modo conveniente; pero que no envolvería al Archiduque o lo tentaría para que él mismo se envolviese en una situación difícil, abandonándolo en seguida antes de que su gobierno quedase establecido. Agregó que Francia no podía hacer semejante cosa. Dijo que un temprano reconocimiento de aquel gobierno por los Estados Unidos conduciría a abreviar o, quizás, añadió, a terminar todas las molestas complicaciones de Francia en aquel país, pues, a consecuencia de él, México sería evacuado.

[...]

Yo le dije que sin estar autorizado por mi gobierno para hablar así, apenas podía creer que la Francia, en las actuales circunstancias, esperase que los Estados Unidos se apresuraran a reconocer una nueva monarquía en México, pero que comunicaría mis ideas al gobierno de mi país, sin indicar, entretanto, que éste llegara a contestar alguna cosa. En medio de la conversación tuvo ocasión de repetir, intencionalmente, que el gobierno francés no abrigaba ningunas miras respecto a Texas ni quería crearse o buscar un interés o dominio permanente en México. Dijo que nuestra situación, como vecinos inmediatos, nos daba derecho a una influencia superior a la de los remotos países europeos y que Francia, tan distante como estaba del teatro de los acontecimientos, no incurriría en la locura de ponerse en choque con nosotros.

Habló muy favorablemente de la conducta de Mr. Corwin, nuestro ministro en México, de quien se le había informado que no había intrigado ni mezcládose en estos asuntos sino que, por el contrario se había portado lealmente y de buena fe. Antes de separarme de Mr. Drouyn de Lhuys –suponiendo yo que las intenciones del emperador eran como él me las explicaba- le pregunté por qué razón permitía que se circularan en Europa y en América tantos falsos rumores respecto a la

política imperial. Díjele que, a mi juicio, el interés de entreambos países reclamaba que se diera punto a esos rumores por medio de una firme explicación hecha en el *Moniteur*. Replicó que había sus inconvenientes en usar del *Moniteur* para ese fin; pero que ahí estaban sus notas que podrían publicarse. Él objetó, que el público era muy inclinado a considerar las notas como cosa demasiado diplomática. Me contestó que el emperador, al abrirse el cuerpo legislativo, tendría una oportunidad para esto y que él no dudaba de que en esa ocasión explicaría su política en México, de acuerdo con las explicaciones que constantemente se nos habían dado hasta ahora.

Soy, señor, vuestro obediente servidor.

William L. Dayton



SEWARD CONSIDERA QUE LA RESISTENCIA  
NO HA TERMINADO EN MÉXICO

Washington, octubre 23 de 1863

Mr. William L. Dayton

Señor:

Tengo la honra de acusaros recibo de vuestra nota de 9 del corriente, que contiene las ideas manifestadas por Mr. Drouyn de Lhuys respecto a la situación de México. Varias consideraciones han obrado en el ánimo del presidente para tomar parte en las discusiones que sobre este asunto y de un modo expectativo se han agitado en las capitales así de Europa como de América. La resolución de limitarse a una estricta neutralidad, si es que de algún lado se inclina, en una guerra que se está verificando entre dos naciones con las cuales los Estados Unidos conservan relaciones amistosas, ha sido una de las principales consideraciones a que me refiero.

Sin embargo, los Estados Unidos, ya sea a invitación de Francia o de México, no podrán menos de expresarse con absoluta franqueza sobre los nuevos incidentes que vayan ocurriendo en esa guerra. Desde ahora, Mr. Drouyn de Lhuys habla de una elección que espera ha de verificarse en México y que dará por resultado la elección de S. A. I. el príncipe Maximiliano de Austria para emperador de México. Por otros conductos sabemos que el príncipe ha manifestado su voluntad de aceptar el trono imperial de México, bajo tres condiciones: 1ª- Que al efecto lo llame el sufragio universal de la nación mexicana. 2ª- Que se le den ciertas garantías indispensables de integridad e independencia del imperio proyectado y 3ª, que preste su consentimiento el emperador de Austria

como el cabeza de su familia.

Refiriéndose a estos hechos, Mr. Drouyn de Lhuys manifiesta que un pronto reconocimiento por los Estados Unidos del proyectado imperio mexicano sería conveniente a Francia, desembarazándola con anticipación, de lo que de otro modo sería imposible, de sus molestas complicaciones con México. Por fortuna el gobierno francés no ignora, pues de ello se le ha informado, que, a juicio de los Estados Unidos, el establecimiento permanente, en México, de un gobierno monárquico extranjero, no es ni fácil ni tampoco apetecible. Debéis informar a Mr. Drouyn de Lhuys, de que este juicio permanece sin alteración alguna. Por otra parte, los Estados Unidos no pueden anticiparse a la acción del pueblo mexicano, ni menos tienen la intención o el deseo de intervenir en sus procedimientos, ingiriéndose o influyendo de algún modo en su libre elección o molestándolo en el que de cualquiera forma de gobierno que establezca en uso de su libertad absoluta. Conviene también que Mr. Drouyn de Lhuys sepa, que los Estados Unidos siguen considerando a México como el teatro de una guerra que aún no da por resultado la caída del gobierno que existió allí muy de antemano y con el cual los Estados Unidos permanecen en relaciones pacíficas y de sincera amistad y que, por lo mismo, los Estados Unidos no tienen libertad ni aun para entrar en discusión sobre si reconocerán al nuevo gobierno que tal vez mude al actual por las vicisitudes de la guerra. Los Estados Unidos, consecuentes en sus principios, no pueden hacer otra cosa sino dejar a México dueño de sus propios destinos y reconocer su soberanía e independencia, bajo cualquiera forma que ese pueblo determine usar de dicha independencia y soberanía.

[...]

William H. Seward